FONDO EDITORIAL FUNDARTE

Con **Una hiedra negra para Sashne**, su autor, José Jesús Villa Pelayo, obtuvo el voto de uno de los jurados del Premio FUNDARTE de Poesía (1988). Se trata de un largo poema amoroso, construido a partir de otros libros, de referencias reales o inventadas, por medio de las cuales su autor construye su visión de la realidad, creando a través del texto de **Una hiedra negra...** una fantasía a partir de seres reales e imaginarios. Poesía para ser leída en voz alta, sonora, exteriorista, narrativa, por largos ratos imprecatoria, ya que no registra la vivencia del amor sino que implora a la amada el amor, pasión que el personaje de estos poemas está seguro en merecer. Su autor nació en Caracas el 6 de Noviembre de 1962. En la Universidad Central de Venezuela obtuvo el título de Licenciado en Letras (1987). Desde 1988 ejerce la docencia en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad de la Tercera Edad y en la Universidad José María Vargas.

CUADERNOS DE DIFUSION Nº 156

UNA HIEDRA NEGRA PARA SASHNE / JOSE JESUS VILLA PELAYO

UNA HIEDRA NEGRA PARA SASHNE

JOSE JESUS VILLA PELAYO

FUNDARTE / ALCALDIA DEL MUNICIPIO LIBERTADOR

CUADERNOS DE DIFUSION

JOSE JESUS VILLA PELAYO

UNA HIEDRA NEGRA PARA SASHNE

Caracas
Fundarte/Alcaldía del Municipio Libertador
1990

UNA HIEDRA NEGRA PARA SASHNE
José Jesús Villa Pelayo

Colección "Cuadernos de Difusión" N° 156
Realización de Portada: La Galera de Artes Gráficas
Ilustración de portada: Burne-Jones. "The Golden Ladder". (Fragmento).
Textos: Artes Gráficas Enedé, c.a.
Corrección: Miguel Márquez
Impresión: Imprenta Municipal
ISBN 980-253-089-1
Fondo Editorial Fundarte, 1990.

FUNDARTE/ALCALDIA DEL MUNICIPIO LIBERTADOR
Dirección de Publicaciones
Edificio Tajamar, Pent House
Av. Lecuna, Parque Central
Caracas, Venezuela
Apartado Postal 17559
Caracas, 1015-A

A John Dryden,
A quienes lloran,
Al mundo cuando canta junto a ti.

"I weep for Adonais-he is dead!
Oh, weep for Adonais! though our tears
Thaw not the frost which binds so
dear a head"

PERCY BYSSHE SHELLEY

UNA RAZON PARA HABLAR

He decidido hablar a quienes necesiten mi auxilio. Empero, he escrito muchos versos y en ninguno de ellos he hallado refugio para mí. Quise construir un libro sobre mucha arena, y como es lógico, desde mi punto de vista, mi libro se deshizo sobre ella. Quise hacer un andamio para construir un gran edificio, pero no fue posible. Pretendí entonces dejar que mis amigos hablaran por mí. Estudié mucho antes de dedicar mis versos a quienes no veía. Hice una obra que jamás tendré ocasión de terminar, una pieza única, porque no fue creada por un solo hombre. Me inclino a pensar que hay muchas voces y muchos hombres que tañen las campanas de la poesía. Leí a Blake, Milton, Wordsworth, Lautréamont, Rimbaud, Rilke, Baudelaire, Antoine de Saint-Exupéry, George, Poe, Whitman, Trakl, Verlaine y a muchos otros. Estudié, con cuidado, los sonidos que provenían de las iglesias y de las voces de los profetas. Me hice de uno de ellos. Observé que en éstos hay un signo que les caracteriza: el ser intermediarios de una voz aún más sublime e inédita. Pensé en el Dios que construyó los edificios y las ruinas de la tierra y hallé que él era aún más que una fuente sagrada donde reposan las flores del mundo. Encontré que Dios es un profeta o un Dios más pequeño o más grande según se le piense. Entendí que ese Dios ha creado cuanto suele ser visto y que jamás duerme, aun cuando cada hombre le dé la mano en su tumba, pues los hombres le han hecho morir víctima de algún sortilegio,

indignación o abulia; y ellos ahora tañen las campanas que endechan por su muerte.

Nietzsche, sin embargo, jamás me pareció extraño; pero sé que aun él arrastra las cadenas que atan a Dios a los sepulcros. He entendido que mi vida y la vida de todos los hombres tienen un origen común, que la naturaleza no es más que la proyección de las palabras que jamás decimos, y que el universo es tan antiguo y profundo como cualquiera de nosotros cuando llora o escribe versos, aun cuando éstos nunca logren expresar, en definitiva, la vida o los deseos de ningún hombre, porque aquéllos, de alguna manera, mueren cuando los hombres callan.

Fiedrich R. von Halt
Mi hermano el archiduque.
(1960-1976)

VERSOS PARA SASHNE IBN SASHLE BI (CANTOS I-IX)

1960

I

He decidido callar (1960)

"He decidido callar para que tú hables.
Eres el reflejo de una imagen
que ya no tengo entre mis dedos.
Soy un cardo que Sashne, mi hermano,
hendió en una roca cuando el mundo sonreía.
He tocado la estrella con mis manos
y he percibido tu hedor,
un hedor extraño,
lleno de ponzoñas blancas
y nácar de la India.
He subido las escaleras hacia tu casa,
pues he pensado que allí sueñas
    con los astros.
Sin embargo,
mi amiga Macbeth,
quien incinera tus huesos en la cripta,
me ha entregado su vida
para que yo la coloque dentro de mi cofre.
He percibido el aroma del jengibre
que guardas en tu arca, Sashne.
Y he robado los aretes negros
de un hombre que sueña consigo mismo.
He hurgado los gobelinos de plata
que me obsequiaste en Abril.
He tramado un lienzo

y lo he rociado con mirra negra.
¿Por qué me persigues?
¿No hice el amor con tu hija, Sashne,
cuando el mundo yacía sobre una cama,
cuando la luna ya no daba su brillo,
en medio del aroma del láudano,
entre aretes blancos
y grillos de marfil?
¿Quién te dio el privilegio de llorar
en mi habitación?
Te engendré en una ciénaga,
en un bosque oscuro donde nacían serpientes.
Te hice a mi imagen y semejanza.
Pero eres parte de la tierra
donde he degollado tu rostro,
donde lo bañé de sales
y perfumes grises.
He probado tu sangre,
que derramaste en el cadalso
mientras tus amigos reían y partían el pan.
He visto que era muy blanca
y que mi hermano el archiduque
se hacía de ella para llegar al huerto.
Te engendré entre cien abedules
que sonreían,
entre pífanos negros
cuyos sonidos vibrantes roen
la casa donde han nacido tus hermanos.
No tengo esperanza.
He visto un búho correr hacia tu habitación.
Le he visto danzar en medio de tus dedos,
que se unen para degollar la esperanza
cuando duermen los ídolos de bronce.
Le he visto cantar sobre la escalera.
¿Por qué no entras a mi cuarto?

Allí festejan el nacimiento de Hyperión,
quien ha caminado en la noche
en busca de prostitutas.
Robaré tu lámpara, Sashne,
y se la entregaré a mi hermano el archiduque,
quien sueña cuando el mundo ríe.
He hurgado mi cofre,
donde duerme, sombrío, un trozo de láudano,
mil ánforas de cristal,
una cítara de madera negra
y una jofaina hecha de barro.
He esperado el roce de tus dedos,
pues ellos han dibujado en tu lápida
el rostro de un muerto.
He hurtado la tierra donde nací.
He vivido entre las zarzas que Macbeth destruyó
cuando me dirigía hacia ellas;
porque el fuego me rozaba,
y en el mausoleo, donde dormía mi esposa,
ya no crecen los brebajes,
ni el sándalo
ni las piras donde yacen los jarros.
Te he observado reír en la hoguera.
Semejas al hombre que llora
cuando presiente una derrota.
No hay opio negro en tu cofre,
ni dagas de plata, ni cárceles
donde se embriaguen hechiceros.
Hay tres libras de cizaña,
muérdago gris,
incienso indostán,
tres coles amarillas
y un pífano bañado en nácar blanco.
He extraviado la ruta hacia ti.
¿Dónde te hallas, hermano de los hombres?

¿Dónde se halla el opio que hice crecer
en tu huerto?
He visto tu trono, desnudo frente a mí,
y he decidido subir a él,
porque aquí, junto al cuerpo de tu esposa,
hace frío,
las ventanas están muy cerradas
y la guillotina donde corté tus mejillas
se ha doblado entre tres crisálidas negras
que ahuyentan el aroma de cualquier rosa.
He dormido sobre las brazas
que rodean tu cuerpo, Sashne,
y he percibido una fragancia pálida
y un sonido que retumba entre las campanas.
No te he engendrado.
Pero, ¿quién me inclinó a soñar cuando mordías el vientre
de las víboras?
¿Quién me llevó a soñar entre pífanos
que degollan el aura de los castillos?
Lloré cuando ningún hombre me besaba.
Soy eterno como el sonido de un laúd
en la puerta de una habitación sin esperanza.
He dormido sobre este pedestal.
He corrido sobre los prados cercanos al huerto;
y he visto que los muertos nacen
donde no hay caminos.
Te he enseñado el arte de amar
a quienes te engendran en sus vientres.
Bebí, a la medianoche, el láudano
que Macbeth hizo
cuando mi hermano no creía en ti.
Pero ahora cree
y ha pensado destruirte;
desea hendir sus dedos en tu cráneo de marfil,
pues no hay hedor más terrible

que el de las losas de marfil
y el de las lápidas de plata
cuando la sangre las baña.
No hay momentos para soñar
aparte de los que tú engendras en el mundo.
He decidido callar para que tú hables.
Soy tu imagen perdida, Yah Et Reel,
el principio de las virtudes muertas,
de la mirra negra,
de mil cadáveres
y del muérdago cuando habla a las sombras.
Subí la montaña donde bañas tu cuerpo,
donde yace el cadalso,
y enjugué mis lágrimas sobre tus senos,
Sashne.
Bebí el aliento que brota de tu aroma,
que parecía salir de la tierra
como un soplo de perfume blanco
que Yah Et Reel construye en su trono.
Más tarde te desvestí,
poco a poco,
y te bañé en mi manantial,
donde crecen diez gladiolas de bronce,
un mirto negro
y cien jazmines rojos.
Rocé mis dedos con tus huesos,
los que mordías de vez en cuando,
y el haz de flores negras
y maderas de cedro
se enredó entre tus cabellos.
He muerto para que tú vivas.
He decidido callar para que tú hables;
soy la imagen de un muerto que jamás existió.
Soy el sonido de un arpa
que Ismael tañe cuando duerme.

Soy la hoz blanca del labrador triste.
Soy la esencia de la muerte,
de la vida del hombre cuando calla
y sueña con arpas delirantes.
Soy la fragancia de la copa
que vierte el vino sobre el cual lloras.
No soy nadie.
He nacido de un vientre mustio
que Dios olvidó
cuando los hombres te hacían reír,
cuando mis manos te desvestían
sobre el lecho de olivos negros
que mi hermano preparó para ambos.

II

Buscaré un lugar (1962)

¿Por qué he de hablar?
¿Quién me obliga a ello?
Romperé las cuerdas de aquella cítara,
Macbeth,
pues en ellas la hechicera engendra
mil sortilegios que destruyen tu canción.
He sufrido mucho desde noches atrás;
sufro porque te hallas bajo esta guillotina;
porque veo rodar tu cabeza hacia la jofaina.
Veo que eres infeliz.
Y soy yo quien tañe estas campanas
cuando el mundo deshoja la paz de quienes duermen,
cuando el universo se parte en migajas
y el llanto de los hombres duerme sobre mi trono.
¿Por qué te rocías con mi sangre?
Me parece que eres injusto conmigo.
¿Por qué te niegas a obedecerme?
¿No hice un hito y un seto que te guardasen?
¿No enjugué mis lágrimas sobre tu cadáver,
sobre tus brazos, Sashne, que dormían
en un lecho de ramas de cedro?
Ya sé, has olvidado;
es tonto hacerte recordar;
ningún hombre recuerda cuanto le es infiel o ingrato.

Piensas que la infidelidad me pertenece,
pero te equivocas, hermano de los hombres.
He destruido tu voz pues no me agrada.
Me repugnas, Antígona,
diosa de los barrios negros del mundo,
género de toda virtud,
imagen de la imagen perdida de los hombres.
Me eres repugnante
cuando lloras por quien sufre.
Y no logro entender por qué vives
si el universo está muerto
y el hombre ya no reza sobre esta tierra húmeda.
Al fin y al cabo, ¿para qué te hice?
¿No enjugué mis manos con aceite y ajenjo negro
para crearte; no hice tus flancos bañados de un
nácar azul que aún permanece en ti;
no robé la luz de una estrella para entregártela?
Entonces, ¿por qué no me deseas?
Hice un lavacro donde lavases la ropa
de tus hijos;
hice dinteles en las puertas
y un umbral que nadie, aparte de ti,
pudiese cruzar.
¿No hice un huerto de ramas de bronce
donde bebieses del árbol de la ciencia;
donde cortases la eternidad con la daga
que te ofrecí en el verano?
Te di a comer uvas y sal negra;
te hice soñador y apacible.
Te entregué un huerto que cuidar.
Recogí flores amarillas del campo
para dártelas;
hurté la fragancia de la hiedra
y el matiz de la fronda del sauce
para llenarte de ellos.

Hice un pozo, que llené de agua muy oscura,
para que inclinases tu jarra;
hice hiel blanca para que la bebieses;
hice un ovillo de lana negra
para que vistieses a tu mujer.
Tomaste a Ismael de entre los muertos
y le colocaste en tu villa,
donde ahora vendimia y llora sobre tierra árida.
¿No hice la estrella del sur
para que alumbrase tu huerto y anidase junto a ti?
No hay calma donde hay soledad.
No hay ovillos blancos en el cielo.
Hice, además, un mirto bajo cuya sombra
durmieses;
hice aretes de bronce para tu mujer;
pero tú, Sashne, me eres infiel;
comes con rameras y fornicas con ellas;
bebes vino negro en casa de un hechicero.
Y el muérdago te embriaga.
Jamás hallas tiempo para mí,
¿por qué?
¿Acaso forniqué con ella?
Tú la deseabas más que yo.
Hace dos noches le vi desnuda en medio del huerto.
Acaricié sus senos;
besé su vientre dormido y pálido.
Hice un lecho para mí y para ella.
Hice un edredón negro con el cual cobijarnos.
Pero la hice para ti.
¿Podría acaso yo dormir con ella?
Hice cristales de oro para que te mirases en ellos.
Es cierto que deseé a tu hija.
Pero, ¿quién no desearía a la hija del sol,
a quien guarda sus cabellos argentinos en
un lienzo,

quien desviste a la mujer de Herodías
y clava sus cardos en las rocas?
Tu hija era una joven muy rubia,
una antigua prostituta en la villa de Meguido,
donde las vírgenes usan sandalias de lino
y túnicas de cristal,
donde los muertos no resisten la fuerza
de tu hermano,
donde las oraciones de los monjes destruyen
las cuevas y los yugos de plata.
Amé sus ojos azules
y encerré su piel blanca en mi cofre.
La vigilé día y noche;
pero no forniqué con ella.
¿Por qué te cuidas de mí?
No hay praderas donde reposar;
no hay heridas en las mejillas.
Besé tus labios, que me parecían sutiles,
que brillan en medio de la noche,
que los buitres roen
y que las brujas llenan de encantamientos.
Enjugué mis lágrimas bajo tus senos.
Y escondí un trozo de tu carne en mi vientre.
Bebí el vino con el cual te bañas.
Pero destruí todas las sales
que Hyperion hizo para ti
cuando le besabas,
cuando desnudas tu cuerpo ante la luz
de la hoguera,
donde el mundo se deshace,
donde cada dios halla su cuerpo,
donde cada tierra posee un dueño,
en medio de la soledad,
entre las luciérnagas que cuidan los bosques.
He dormido sobre el umbral de tu casa.

Y dejé entonces las ventanas abiertas.
Pensé que se colase el aire frío de la tarde.
Mordí tus senos
y de ellos brotó sangre y estiércol.
Recé durante toda la noche sobre tu cuerpo.
Hice el amor con la brizna
y el viento me rozó.
Hice una espina muy negra para hendirla
en tu pecho;
hice cien caracoles y tres cardos rojos
para herir tu cabeza;
luego te decapité, Sashne.
Coloqué tu cabeza en mi cofre de bronce,
donde dormía un trozo de jaspe gris.
Entoné endechas en tu nombre
y Yah Et Reel me visitó cuando dormía.
Hizo el amor con mi hija;
entonces aborrecí a los hijos de los hombres,
a quienes lloran cuando todos ríen,
a quienes el mundo juzga estériles,
a quien padece junto a una mazmorra
cuando tu padre, Macbeth, incinera las hogueras
en las piras de la tierra.
Hice un coral blanco y lo llevé al templo.
Destruí el candelero de las siete ramas;
hice una fronda negra donde durmiese un mirlo.
Oré y engullí mil trozos de jade,
para que nadie supiese dónde me encontraba.
Después bajé al huerto y te besé;
hallé que tu carne le pertenecía a la tierra
y que la tierra era dueña del mundo.
No hay rosas donde hay estrellas;
pero entiendo que me eres infiel, Sashne.
¿Por qué me embriagué aquella noche?
Subí a la estrella donde naciste.

Allí hallé el rostro de un hechicero
y una ramera con la cual duermes.
Entonces te esparcí sobre el mar
y juré destruirte porque me aborreces.

III

Más tarde fui (1964)

Engullí, mientras dormía, tres libras de opio
amarillo.
Después, me encerré en una bóveda,
donde, por lo general, una virgen
estrecha con sus manos el rostro de los muertos.
Y es la imagen de una columna de arena
que la tempestad arrastra hacia un palacio
donde yacen mil vírgenes
que lloran cuando el universo se desvanece
entre sus manos.
Bajé entonces del árbol
y comí miel de aquel enjambre;
la miel era muy negra
y me hizo imaginar tres soles negros
cuyos trozos se deshacen entre las hiedras
de un bosque enterrado en un jazmín.
Hice un puente que dividiese tu huerto
de mi soledad,
pues ella era mucha,
y no hay puentes que cruzar
cuando se está solo.
Te engendré en las sombras
bajo el auxilio de una hechicera judía.
Te hice muy débil;

te envenené al abrigo de mi ala derecha.
Pero no soy un ser común.
No he nacido en ninguna tierra;
mis entrañas duermen sobre un erial
que Hyperión olvidó,
donde sueña tu esposa,
donde mueren cien monjes,
pues Hyperión ha herido el costado derecho
de un elegido,
Sashne,
pues mientras lloro tu sangre me ilumina,
pues mientras canto tu voz me entristece.
Soy la esencia de una rosa
que mordió una serpiente mientras lloraba.
Soy un crepúsculo, Sashne,
que se proyecta sobre un vado azul
cuyas corrientes me llevan a tu mansión,
donde Hyperión muerde los labios de una ramera,
donde ha de yacer cuando las estrellas caigan
sobre los rostros de las rocas
que la eternidad ha olvidado en la tierra.
Mordiste mis entrañas
y me causaste una herida profunda,
porque ya no existían cráneos
sobre los cuales hacer crecer los higos.
Cavilé un poco y más tarde sollocé.
Vertí mi sangre sobre la tierra.
Como se sabe, la tierra posee un espíritu
que rechaza al hombre;
pero el hombre ha intentado amarla
y ella ha sembrado cizaña en sus manos,
dentro de su piel, Sashne.
Ha empollado abedules negros,
hiel amarilla,
jengibre indostán

y lino verde,
sacro como las alfombras
donde Macbeth duerme cuando llora.
¿Quién hizo el amor contigo?
¿Por qué me desprecias?
¿No hice un sol negro bajo el cual
mirases los huesos de tu cadáver;
no crecí en la boca de Hyperión para destrozar
las uñas blancas de un mundo sin aliento?
¿Qué hábito te lleva a morder la higuera
cuando retoña en el verano,
cuando la sal la cubre porque cantan
los sarmientos?
Me embriagué bajo tu manto azul,
lleno de espinas y especias.
Me refugié bajo tus alas
porque no hubo otro abrigo para mí,
porque me hiciste en medio de náuseas,
cuando la luna no brilla
y los pétalos de las rosas se enredaban
entre tus dedos,
porque Hyperión desnuda el sol
cuando las rameras narraban sus historias.
Tomé tu mano derecha y la mordí;
brotó de ella una sangre muy negra
y brillante.
La bebí durante toda la noche.
Narraste entonces lo ilusorio que resulta
la vida;
almorzamos bajo la sombra de un sauce
que crecía sobre el sol,
donde Dios erige su trono,
donde fluye la sangre
y la bilis rocía los huesos de los muertos.
Te hice triste y quise entenderte.

Lloré sobre la jofaina
y tomé mucho jerez blanco.
Engullí el mirlo que serviste en la mesa;
me tragué sus alas.
Me hice del mosto para limpiar mis pies entonces.
Me abrigaste pues sabías que tenía frío;
me arrullaste pues las olas me tragaban.
Hice un palacio sobre la montaña;
allí coloqué un jarro de cristal,
un par de sandalias negras,
un cofre lleno de hidras,
una vasija blanca labrada a mano
y una rama de cedro.
Subí al palacio a la madrugada,
cuando lloran los mirlos,
cuando las luciérnagas danzan
junto a pámpanos que derraman hiel.
Mis discípulos se marchaban;
entonces la multitud me hizo rey.
Tomaron un par de maderos de olivo blanco
y construyeron un vallado,
hicieron un cadalso
y me colocaron de espaldas a las rameras.
Tres ídolos de bronce se sentaron entonces
frente al lavacro del templo
y hollaron la vendimia durante la noche;
horadaron mis pies
y luego prendieron fuego al velo interior
del tabernáculo.
Me encerré en una celda
donde no había agua ni manchas de nácar.
Hice una emboscada para atraparte.
Robé tus pendientes azules,
un cinto blanco y un trozo de barro.
Entré en el aljibe a la medianoche;

allí dormí durante dos horas;
entonces un hombre, Hyperión,
que nadaba en un mar de rocas de plata
escondió a tu esposa, la madre del archiduque,
en un lienzo cuyos extremos
se partían entre falanges negras
y un haz de perfume y óleos blancos.
¿Por qué el mar viene sobre mí?
¿No te hice acaso bajo la embriaguez?
¿No estuve solo aquella noche
cuando pensé crearte?
Entonces, Sashne, ¿por qué muerdes mis labios?
¿Por qué me desprecias y construyes
un seto entre ambos?
Hice un puente para que lo cruzases.
¿Por qué fornicaste con aquella ramera?
Tus senos eran tan blancos y huidizos.
Ambos estaban llenos del aroma del sándalo;
Hyperión los acariciaba
cuando tu madre,
la hija de aquel duende que vestía de negro,
te abrazaba,
mientras llovía,
mientras el cráneo del profeta se hacía polvo.
Te hice de sandalias de bronce
para que anduvieses tranquila sobre adoquines;
hice la gladiola para que te mirase.
Hice el amor para ti,
pero tú no existes.
No soy eterno como creías;
pero mi vida no tiene principio o fin.
Busqué, cuando rezabas, una hiedra negra
para Sashne,
para que dibujase un laberinto dentro
de un ánfora labrada.

Te despojé de tu túnica
y te hice caminar conmigo sobre el desierto.
Me viste andar sobre el mar
y creíste que un duende cruzaba hasta la orilla.
Luego sembré cizaña en tu cuerpo,
para que lo pudriese
y pudriese las rosas negras que crecen en él.
Hice orín negro para colocarlo sobre
el estiércol.
Pero tus manos me rozan
y siento el frío de tus dedos en mi espalda.
Eres inocente; no hay culpa en ti.
Seré el carcelero que guarda tus labios,
quien destruye tus huesos
y tiende un manto sobre la mesa
donde duerme un ruiseñor blanco de alas tristes.
¿Por qué no oras descalzo sobre la mesa,
entre hidras negras y hojas de polvo?
¿No te hice de él?
¿Por qué desdeñas mi mirada?
¿Por qué te alejas cuando brindo sobre la arena,
cuando el barro se hace esmeralda
y el incienso se quema sobre una hoz de estiércol?
¿No hice ponzoñas de sal negra dentro de ti?
Hice el rocío para bañar tus labios;
hice muchos rubíes blancos,
nácar y frondas rojas para que cubrieses
la desnudez de tu mujer.

IV

Ahora vivo aquí (1966)

Ahora vivo entre estos muros,
que arden pues tú los tocas,
que me parecen irreducibles a cenizas.
Sin embargo, he de destruirlos.
Este mundo, donde Hyperión ha colocado su trono,
donde tres doncellas lavan sus dedos
y lamen las diademas de su cinto,
está lleno de hiel,
podrido como el vientre de tu hermana,
Sashne,
quien ha decidido arrastrarse sobre un asta
de bronce amarillo.
Pero deseo un poco de herrumbre para henchir
mi casa de misterio.
¿Dónde se halla lo sacro que vive en ti?
¿Dónde viven tus sentimientos?
Vi que Hyperión corría hacia la cripta
donde tu hermano hedía,
y le hizo vivir, pequeña Macbeth.
Me agradas porque nunca me tocas con tus dedos,
porque eres incapaz de asirme en tus labios.
Hendí mi dedo en la zarza
y entonces brotó de ella incienso y sangre,
mezclados entre haces de leños negros.

Subí a la estrella donde danzas
y alcancé un fósforo para alumbrar tu cuarto.
Me incliné ante tu sabiduría
y me pareciste grato y extraño.
Te he buscado, Sashne, para horadar los pies
del sacerdote.
Deseo decapitarte,
pues Hyperión, Macbeth, ha hallado
que sufres cuando el mundo miente,
cuando la tierra danza alrededor de Dios
y los senderos hacia el umbral
yacen dormidos junto a gladiolas de plata,
que mueren cuando algún sabio las roza.
¿Por qué eres tan absurdo?
Estoy harto de hablar y contestar preguntas.
¿Por qué el sol no anida sobre ti?
Sé que eres fértil, Macbeth;
y por ello he deseado que sufras
para que el mundo sepa que existes.
Amo tu pecho y tu cabello blanco.
He robado tus dedos
y he hurgado tu corazón endeble,
pero he hallado allí un sarmiento que no duerme.
Deseo aproximarme a ti para que me entiendas.
Amo tus ojos rasgados por la niebla.
Quiero bañarme contigo en este manantial,
entre rosas, jazmines y sales blancas.
Deseo besar tus labios ajados y partidos
que han conocido mi carne,
que el universo ha hurtado para que la bondad
regrese a los bosques;
deseo morderlos y llorar sobre ellos.
Las serpientes crecen en tu vientre.
Bebí el jerez negro que haces en tu tienda.
¿Por qué te bañas en mi lagar?

Destruiré el féretro donde duermes;
lo partiré en mil trozos negros
y su madera quedará extendida sobre el cristal.
¿Por qué duermes sobre una nube?
¿Acaso no soñé con el estival hace dos noches?
Cuando me acerqué a tu féretro
una cobra muy negra rozó mis labios,
pues yo pretendía besar los tuyos.

He rezado delante de tu trono,
pues hueles a hiedra, Sashne;
creces sobre un árbol de láudano amarillo.
He suspirado porque me faltaban palabras para
rozar tus mejillas.
Hice un barco de cobre
y vagué en él a través de tu cuerpo.
Toqué tus senos y un líquido grisáceo
llenó mis labios.
Luego subí las escaleras que conducen al huerto.
Y allí hallé a Sashne desnuda;
comía estiércol blanco y ramas de olivo;
prendí fuego a un farol que guardaba la isla;
comía con ladrones en medio de una yesca
y me negó.
Entonces tomé la lanza labrada en oro
y la eché en el vagón
donde dormían las esmeraldas y el yeso negro
que el archiduque hurtó en la primavera,
cuando las raíces del muérdago roían
la cabeza de alguna serpiente.
Sashne, tu amiga Macbeth era muy rubia,
tal cual el pan de centeno y el aceite.
Me acosté con ella.
¿Qué mal hice entonces?
¿No fue hecha para mí?

Tomé un cráneo entre mis manos y lo enterré;
luego comí del fruto de aquella siembra.
Me embriagué con el aroma del opio.
Entonces subí la colina hacia Shakik,
donde han muerto todas las rosas.
Más tarde enterré mi brazo en tierra sagrada,
donde los sacerdotes abrazan las estrellas.
Sufrí porque mi cabeza se hallaba entre tus manos.
Sé que no eres un imbécil
y que te mofas de cuantos ríen,
de las hiedras negras
y de quienes lloran cuando aborrecen la esperanza.
¿Hasta cuándo he de estar entre ustedes,
que miran los abedules como si fuesen
haces de polvo y vendimias de huesos?
Hice zarcillos negros,
pendientes de ónice con crestas de madera,
sandalias y una tierra donde dormir.
¿Por qué me castigas si no he llorado?
Hice un lagar para que te bañases en él;
hice una cisterna para llenarla con tu sangre.
Hice un jardín de violetas negras
para que las comieses en invierno.
Hice muchas ramas.
Hice un seto para que guardase tus pensamientos.
Hice una estrella para que alumbrase tu cuerpo.
Hice una gavilla blanca para que enredases
tus manos;
hice el horizonte para que allí te mirases;
hice un lecho y un edredón azul
para que brindases sobre él;
hice vino negro para que lo echases sobre tus labios;
hice un muérdago y una hiedra para que robasen
tu aliento;
te hice a ti para que enjugases mis lágrimas.

V

Me senté en su trono (1968)

Me senté en su trono,
que parecía bruñido y muy sólido;
y en él no había nadie.
Observé que había descendido al huerto
y que allí nadie le deseaba.
Cierto día, Sashne bajó del monte
donde crecían los jacintos negros
y vio una escalera de bronce que subía hasta el trono.
Macbeth hizo fornicar a Sashne
porque en su habitación no había dioses,
ni jarros de marfil ni clemencia;
y las trenzas de oro de mi hermana,
la prostituta,
ya no se dejaban caer hasta tus pies.
Sashne me desvistió en media hora;
entonces hubo un silencio extremo en la tierra.
Bajé del trono e hice el amor con tu hija,
quien acarició mis labios
y vertió vino en mi garganta.
Entonces vi siete ángeles
que sostenían siete candelabros
bañados de nácar negro
y entonaban un psalmo en tu honor;
vi trompetas negras sobre la mesa;

vi que los candelabros se partían en trozos blancos
y amarillentos,
que destilaban un aroma afrodisíaco
cuando los ángeles los tocaban.
Vi la escarcha caer sobre la tierra,
donde habían enterrado el cadáver.
Entonces escuché la primera trompeta:
Abishk caía del cielo
sobre un monte henchido de rosas blancas.
Vi que el Indostán lloraba
sobre Ho Chi Mou Pu,
el último emperador del cielo;
caían entonces estrellas y bálsamo.
Tomé mucho aceite y lo rocié sobre tus cabellos.
Tomé la jofaina y lavé allí tus pies;
comías con las manos sucias,
pues según el oráculo,
el dios jamás lavaría sus manos ante
una jarra llena de vino.
Eres cruel porque me miras;
me observas y no me soportas.
Estoy cansado de labrar el mármol
y de hacer pedazos tu cabeza.
Hendí mi dedo en tu cráneo,
que era marmóreo, lleno de jacintos
y áloe, dibujado en una roca,
destinado a sufrir cuando el hombre es un imbécil.
Luego subí la escalera hacia el trono;
hallé una estrella sobre él,
voces
y el sonido de una vieja trompeta
hecha de plata.
Macbeth bajó entonces entre los círculos,
donde veía muertos,
sandalias de rubí,

mantos de cristal
y conchas de arena negra.
Percibí un aroma penetrante
entre las sales del bolso de Sashne
y caminé entre los vados que rodean el mirto.
Un ángel me vio comer sus higos.
Vi que una serpiente mordía el ala derecha
de aquel ángel.
Entonces le vi decapitar la cobra,
que era azul, llena de escamas blancas
y podridas.
De ella brotó una sal muy verde,
esmeralda diría yo.
Tomé una daga y la enterré en la tierra
donde Sashne fornicaba,
y vi que lloraba sobre una tumba,
que sollozaba junto a una golondrina negra
y bebía una droga extraña
que nacía de la tierra.
Vi a mi hermano ungir las cabras
con aceite y vino;
le vi dar un jarro blanco,
labrado,
de aros circulares
y bañado en óleos negros a Hyperión,
quien reía cuando los hombres lloraban.
Entonces Elí salió de la cueva,
pues su mujer le perseguía
y Dios gritó.
A ella le vi desnuda, llena de ponzoñas,
repleta de mirra,
teñidos sus cabellos en aceite.
Hicimos el amor entre las ramas del viñedo.
Compré jacintos blancos en el mercado.
Mi hermano el archiduque me visitó la semana
pasada.

Hicimos el amor sobre un lecho lleno de espinas
y estiércol negro;
fumigamos el cuarto con especias.
Entonces él tomó la cabeza de su hermano
y la enterró en la tierra de donde él provenía;
entonó una canción en el salterio,
pero destruyó sus cuerdas.
Saúl escuchó el psalmo
y fue a llorar junto al pozo,
donde habían enterrado a su padre.
Yo fui quien lo hizo:
asesiné a su hermano el archiduque
y a su padre.
Comí la pierna derecha del psalmista,
quien lloraba sobre un manzano,
bajo la luz del sol de la tarde,
enredado entre dos velos púrpura
y el castillo que construí.
Observé que el ángel tomaba una piedra
muy roja y la enterraba en el cráneo del príncipe.
Salí a la medianoche
y hallé a mi hija, muerta, en el mausoleo,
envenenada por el monje;
tomé una de sus manos y se la entregué
a un halcón negro para que la engullese.
Hice un trozo de jaspe
para iluminar mi habitación;
hice un manantial lleno de ajenjo
para que allí te bañases.
Entonces me embriagué con el jerez;
fui un misántropo que vivía junto al mar;
tuve muchos amigos.
Hice un festín,
pero Sashne bajó entre los círculos negros,
donde lloraban cien caracoles,

una gaviota
y una rueca hecha por Dios
para dibujar los vestidos de las reinas.
Mi hermano el archiduque probó
la cidra que encerré
en la cisterna;
lamió las ramas del árbol;
hizo un vallado y un castillo para que ahí habitase
mi hermano, quien incendió el auto donde
viajaba Dios,
cuando las estrellas caen sobre el mar.

VI

Estoy dispuesto a verte (1970)

Vi el techo artesonado
y a Sashne bajo él con un tocado negro
y una cinta blanca en la frente;
vi una nube de polvo posarse
sobre una vasija labrada en cobre.
Entonces de la mandrágora salió una hoz negra,
muy ponzoñosa,
un haz de trigo y lana verde,
leños de madera de cedro,
una tasa,
una jarcia esmeralda
y un ramo de mies azul brillante.
Me cobijé bajo la sombra de aquel almendro,
porque tu hija, Sashne, me perseguía.
Te ofrecí la cabeza de tu mujer,
llena de jacintos y aroma de hiedra.
Te ofrecí el candelero de los siete brazos.
Entonces corrí hacia el espejo;
vi caer el dintel de bronce de la puerta
sobre uno de mis dedos.
Sashne corrió sobre la hierba amarilla
y cayó en un pozo donde dormía un castaño.
Vi a la lluvia caer sobre el tocado de mi mujer;
fui al desierto con muchos hombres;

te desnudé, pero hiciste el amor con diez rameras.
Rezaste durante toda la noche sobre el lecho
de una prostituta;
descendieron entonces tres ángeles y te tocaron.
Mi mujer es hija del orfebre de la tierra.
¿Por qué me labraste sobre una cama fértil
un día de Abril,
cuando el veneno de las raíces del mundo
construía vallados, ciudades y torres,
cuando los trozos del viento desvanecían
los sonidos de las guitarras,
cuando la escarcha blanca caía sobre tu cabeza?
Entonces el rocío bañó tu vientre,
que estaba lleno de escorpiones negros.
Lloré sobre tu lecho dormido
porque no había otro lugar donde soñar.
Sashne bajó desde el primer círculo
hasta la corriente de ópalos donde Macbeth llora.
Macbeth era una anciana entonces.
Bajé del barco
y hallé un tonel de jerez,
un cáliz de jade brillante,
las lágrimas de Macbeth,
una linterna de luz violeta
y tu tocado amarillo, Sashne.
Te juzgaban aquel día.
Me senté sobre el tronco
y te erguiste delante de mí.
Vi una balanza de estaño blanco
sobre la mesa en Xanadu,
donde Kubla Khan edificó un castillo,
un altar de oro,
un huerto de jazmines negros
y un collado de mariposas de bronce;
se hizo de bailarinas, laúdes

y de un catador de la tribu de Neftalí.
Transcurrieron dos años, Hijo de Hombre,
para que incendiases el tabernáculo.
Hice dos candeleros de ónice;
coloqué las tablas de piedra dentro del cofre,
donde yacían tres panes de trigo blanco,
donde lloraba un ruiseñor de alas partidas;
entonces artesoné el techo con un delfín
de mármol rojo;
hice un lavacro en el pórtico
para que untases la cabra con sales;
hice un muladar,
un seto de madera de roble,
madreselva,
una vasija de asas de coral
y una efigie con el rostro de Macbeth.
Escondí la madreperla
y escuché entonces el ruido de la hoja
de la guillotina;
encontré la cabeza del príncipe en el cesto.
Mordí sus labios rojos y rasgados.
Lloré sobre los huesos del cadáver
y entoné un psalmo cuando Dios lo acariciaba.
Enterré a Dios con mis propias manos
y él enjugó sus lágrimas sobre mis ojos.
Encendí una yesca pero él la apagó.
Luego le vi yendo hacia la cueva
donde yo vivía como misántropo;
vi el rostro de Antígona mientras
el cuerpo dormía en la plaza.
Enterré al rey,
el hermano del archiduque,
en la tierra baldía donde solías jugar.
Observé desde muy cerca la hoguera;
Parsifal lloraba sobre mi cadáver

y subí al caballo que Antígona había preparado
para el dios cuando llorara sobre la soledad del mundo.
Me postré ante él pues su trono bruñido
era muy elevado;
escuché la canción de los hijos de Neftalí,
quien fue profeta en la tierra de los profetas,
quien degolló a su madre, Sashne,
por hollar aves de rapiña,
cobras blancas e higueras malditas.
No pertenezco a la tribu de Benjamín.
Hijo de Hombre, camina sobre el sendero
que conduce al huerto,
donde Yah Et Reel siembra sus manzanos.

VII

Enterré tus sandalias (1972)

Escuché un pífano de plata
que despedía un ruido muy extraño.
Entonces lo tomé entre mis manos
y se lo entregué a la hechicera,
quien vio en él un encantamiento de Dios.
Hice salir mucha sal de su garganta.
Me tragué el librito abierto
que mi hermano el archiduque traía en su bolso.
Me hice de aquel pífano
y lo coloqué sobre la mesa donde llora
el pueblo,
donde la reina modela el barro,
que días atrás había sido decapitado
por mí,
cuando entonaba el salterio;
fue entonces cuando vi que en el huerto
no había rosas,
que la cidra recorría mi habitación
y que el sacerdote escondía una red dentro
de un altar de madera.
Vi que el horizonte se ensanchaba sobre tu cabello
y quise besarlo entonces.
Vi a Sashne hacer el amor dentro de tu féretro.
Llevé al archiduque a la alcoba;

le quité su túnica,
enterré sus sandalias,
mordí su cabello blanco
y luego le soñé en un ánfora egipcia,
donde creman las manos de la tierra.
Macbeth jugaba con un palanquín azul
en medio del huerto.
¿Por qué no bajas de allí?
Estoy harto de tu presencia.
Me eres repugnante.
¿No hice una vasija muy amarilla,
un collado de bronce,
un pífano y una brújula para guiarte?
¿Por qué te escondes de mi presencia?
¿Acaso no soy el rebaño y el pastor?
Viajé a Meguido,
un valle donde las torres son grandes flancos
de piedras rojas.
Allí me hice de un halcón blanco,
de un cesto para colocar los manzanos,
ciruelos blancos,
tus uñas,
un caracol de nácar gris,
la madera de un féretro,
el cristal de un ataúd,
una flautilla
y una jarra llena de cidra del Jordán.
Soy el príncipe y el pastor.
¿Dónde he de hallar liras que suenen
sobre los sarmientos que crecen en mi bosque,
sobre mil adoquines,
entre las canciones que desnudan a los hombres,
sobre la caridad del pueblo,
junto a la paz de quienes sufren,
cuando la muerte retoñe en las riberas,

en la fragancia de las rosas cuando callan?
He visto tu rostro, Macbeth,
lleno de perfumes de la India.
He visto tus ojos sobre el empedrado.
¿Por qué no me llevas a tu casa,
donde han muerto tus pensamientos y las dalias,
donde yacen tus labios,
donde colgaste la horca?
¿Quién se atreve a señalarme el sendero?
Visité la celda de mi hermano el archiduque;
allí comía ajenjo negro y cebada;
las hidras roían su cabeza,
la llenaban de vinagre
y de trozos de bilis.
Cuando supe que venías en la noche
me escondí,
porque pensé que deseabas verme desnuda.
Pensé que deseabas mis labios;
pensé que no eras virgen.
Vestías de lino amarillo y seda blanca.
Pensé que querrías que te besase,
pero tus labios estaban partidos
y una víbora bebía los encantos de la muerte
que te seguían.
Hallé un camino donde nacen rosas,
abedules negros
y anillos de ónice blanco;
hallé un ovillo de lana,
velas rojas,
andas de bronce negro,
seis trozos de jade
y los brazos de mi hermano el archiduque.
Macbeth subió a la montaña
y se paseó entre las piedras de fuego;
observó el libro junto a tu trono

y lo halló vacío,
pues las personas habían huido de la ciudad
porque las estrellas caían.
Encontré a Sashne desnuda en la habitación.
Macbeth no sabía que ella era una prostituta
y que conocía la habitación real
y la carne de los buitres.
He visto crecer la cizaña en el bosque,
donde rondan las libélulas,
el palanquín blanco de Sashne,
mucha sal,
jabones del Japón
y aceite negro para las cabras.
Hice un viñedo para que jugases con los leños;
hice un aljibe para encerrarte en él;
hice una mujer muy blanca para que lamiese
tus dedos
y contase hasta la muerte los sueños
que el hombre padeció en el Indostán.

VIII

Iré hacia la mazmorra (1974)

Asistí al entierro de tu padre;
jugué con sus dedos y los coloqué sobre la mesa.
Hice un ático donde guardar tu rostro,
donde hollar trozos de mies.
Hice un pozo profundo donde esconder
los anillos de la boda,
el cintillo negro de Sashne,
una cometa de flancos esmeralda
y un collar;
después te llevé al castillo
donde llora el archiduque.
Allí te desvistió;
caminó sobre el desierto cuarenta días
y quebró las láminas de piedra
donde habías escrito las leyes
que Dios te entregó cuando los hombres creían
en los sortilegios de los sacerdotes,
en el tótem que manó de las rocas
y en el maná negro de la voz del universo.
Besé tus senos
y quise colocar mis dedos dentro de tus labios,
que brillaban al contacto con la luz
del desierto.
Pero mi amigo, Sir Hugo Evans,

descubrió los rizos azules
y el manto blanco que cubrían mis manos.
Después te quité la sotana negra
con la cual cubrías tu cuerpo.
Hice una cabra sobre la cual pudieses
ir al huerto.
Pensé, Hijo de Hombre,
que junto a mí llorarías
porque no soy un anciano ni lloro
cuando los cirios se desvanecen entre
la brizna que brota de la tierra y tú.
Bajé de la torre y te dibujé sobre la arena,
donde no crecen cardos, ni higos,
ni pámpanos blancos,
donde Sir Hugo Evans, el mago,
desviste a las mujeres y llora sobre sus entrecejos.
Bajé de mi trono, Sashne,
y te miré de soslayo,
porque prefieres no mirar a la gente;
y como eres así te pago con la misma moneda;
no te digo dónde vivo ni quién soy.
Hijo de Hombre, ¿dónde hallarás tu cabeza
sino bajo el cadalso,
entre las hoces de bronce,
bajo los llantos de la gente,
entre las oraciones de quienes han perdido
su tierra,
entre quienes ofrecen sus cuerpos
para hallar incienso y honra
cuando el universo les da la espalda?
¿Por qué piensas que soy débil?
Tomé flancos del polvo para crearte,
arena negra y una savia muy roja
cuando el sahumerio ronda mi habitación.
Te engendré dentro de mi vientre,

que es el mundo.
Sin embargo, te destruiré.
Lanzaré tu rostro sobre un guijarro de marfil.
Haré un templo donde colocar los restos
de tu canción,
entre las cercas negras que circundan
mi castillo;
haré una gavilla y un puente.
Yo hice a Dios un día de insomnio
y embriaguez, lleno de escarcha,
retraído, sobre un mármol amarillo,
bajo un mirto negro,
sobre la tierra donde nadie duerme,
entre las mejillas de quienes lloran,
en medio del sufrimiento.
Me hice a mí mismo.
Hice un arca de bronce blanco
donde colocar las piedras talladas.
Hice la tierra verde
y los espejismos de la aurora.
Entonces, ¿por qué dudas de mí?
Hice un centeno negro
y lo llevé a tu celda,
donde tres cadenas de nácar te impedían
ver la luz que se cuela entre las rendijas
donde los hombres nacen.
Te he encarcelado en la ciudad del sol,
en el crepúsculo de Huz,
en un erial de flores blancas,
para que entones tu melodía con la flauta.
No eres tan hábil como yo.
He engendrado mazmorras,
dinteles amarillos llenos de marfil,
columnas y santuarios en el desierto.
Vi a un ángel andar sobre el mar;

le vi llevar un sello en sus manos.
Entonces hice llover aceite sobre la tierra
donde las serpientes danzan entre cirios.
Mi hermano el archiduque me mostró
las lápidas donde reposan los nombres
de los hijos de Dios.
Observé que allí no crecía flor alguna,
que los álamos lloran
y que su brillo rojizo se desprende
de la tierra.
Entonces lloré
y le exigí a Macbeth que incinerase mi cuerpo
y bautizase los sacerdotes que ofrecían
sacrificios al sol cuando la luna no crece
sobre las rosas bañadas de rocío.
Pensé lavar las cañas
y asesinar al vendedor de indulgencias,
pero coloqué mi incienso sobre el cáliz
donde mi esposa llora cuando la tierra
piensa en los astros.

IX

Cuando te hice (1976)

Hice una col blanca
para que la probases,
para que la lozanía de Dios
cubriese tus mejillas.
Te he entregado la brizna
y te he colocado sobre la mesa,
sobre las flores del jazmín,
por cada libra de jengibre.
Me has encerrado en el arca
que Yah Et Reel hizo para ti.
Nunca regresaré a tus entrañas,
donde me forjaste,
donde no había vendimia.
Iré hacia el mar
y caminaré sobre los ciruelos, Hijo de Hombre,
sobre la eternidad de la tierra.
Imaginaré que ya no eres el mundo.
Pensaré que tu vida tan sólo fue un milagro
de quienes te entendían mudo.
Pero ahora sé que hablas,
pues has decidido hablar para que yo calle.
Ahora has convertido las cuatro paredes
entre las cuales duermo
en trozos de ceniza blanca,

en cofres de cristal,
en coles negras
y en un jardín donde crecen los hombres.
Has creado una virtud entre muchos vicios,
que te eran ajenos en principio.
Hiciste hablar a quienes te despreciaban.
Te mofaste de aquellos imbéciles
que creían en tu inexistencia.
Has recorrido la tierra en busca de pan
y has hallado tan solo miseria,
burla,
indignación
y hedor, un hedor futil y negro.
Hurtaste la virginidad de mi hija,
quien nunca fue de las estrellas;
pero ella creyó en tu consuelo
cuando los hombres te arrastraban a la hoguera.
Un millón de personas me horadaron
sobre la madera de olivo negro.
Allí entendí que la ficción y el azar
forman parte de la realidad.
Y que no hay realidad, por permanente que sea,
que no reciba el influjo de las potencias irreales.
Desde entonces te mofas de cuantos
lloran sobre los altares de plata;
te ríes de la indignación del pueblo,
del llanto de las vírgenes,
del sueño de la cizaña,
de las especias
y de la piedra sobre la cual te coloqué.
No hay lugar para ti entre nosotros.
Vivimos en un horizonte donde no hay esperanza,
donde nadie duerme,
donde las golondrinas sollozan.
Aquí he dormido durante años;

he conocido la vida del hombre,
quien me desconcierta,
quien incinera mi rostro, Sashne,
porque nunca me ha visto.
He creado mil gobelinos de nácar
para dártelos cuando deseas buscarme;
algún día estaré contigo.
Me hallo aquí, sobre la montaña,
donde el sol no brilla,
donde ningún hombre puede tocarme".

Mayo de 1969

INDICE

Pág.

Una razón para hablar 9

VERSOS PARA SASHNE IBN SASHLE BI
(CANTOS I-IX) 1960

I. *He decidido callar* (1960) 13

II. *Buscaré un lugar* (1962) 19

III. *Más tarde fui* (1964) 25

IV. *Ahora vivo aquí* (1966) 31

V. *Me senté en su trono* (1968) 35

VI. *Estoy dispuesto a verte* (1970) 40

VII. *Enterré tus sandalias* (1972) 44

VIII. *Iré hacia la mazmorra* (1974) 48

IX. *Cuando te hice* (1976) 52

COLECCION CUADERNOS DE DIFUSION

1 Antología — *José Antonio Ramos Sucre*
2 Manual de extraños — *Juan Calzadilla*
3 Visión de la pintura en Venezuela
Roberto Montero Castro — Juan Calzadilla
4 La plataforma continental — *Kaldone Nweibed*
5 La crisis de la sociedad colonial venezolana
Germán Carrera Damas
6 El Tirano Aguirre. La conquista del Dorado. Suena el Teléfono — *Luis Britto García*
7 La ciencia amena — *Arístides Bastidas*
8 Lao-Tse y Chuang-Tse — *Angel Cappeletti*
9 Espacios en disolución — *Hanni Ossott*
10 Ejercicios narrativos —*José Balza*
11 Cine y política — *Raúl Beceyro*
12 Libro de intervalos — *María Elena Huizi*
13 Ecología. La paradoja del siglo XX
Carlos Machado Allison
14 La lucha corporal y otros incendios — *Ferreira Gullar.*
15 El arte de narrar — *Juan José Saer*
16 La educación superior en Venezuela — *Orlando Albornoz*
17 Los instrumentos de la orquesta — *René Rojas*
18 El agresor cotidiano — *Ednodio Quintero*
19 Maquillando el cadáver de la revolución — *Julio Miranda*
20 Trébol de la memoria — *Cecilia Ortiz*
21 Los insectos y las enfermedades
Carlos Machado - Ricardo Guerrero
22 Narración del doble — *Gabriel Jiménez Emán*
23 Indagación por la palabra — *Gabriel Rodríguez*
24 Textos de anatomía comparada — *Mariela Alvarez*
25 Piezas perversas — *Rodolfo Santana*
26 Los pasos por volver — *Luis Masci*
27 El día que me quieras — *José Ignacio Cabrujas*
28 Cadáveres de circunstancias — *Ludovico Silva*
29 Brasa — *Márgara Russotto*

30 El destierro – *María Elena Huizi*
31 Memoria en ausencia de imagen-memoria del cuerpo *Hanni Ossott*
32 El poeta de vidrio – *Armando Romero*
33 33 construcciones de origen japonés – *Andrés Mellado*
34 Esto que gira – *Vasco Szinetar*
35 Ultima luna en la piel – *Orlando Chirinos*
36 Los espacios del tiempo – *Marilyn Contardi*
37 Apuntes sobre el texto teatral – *Edilio Peña*
38 Un Fausto anda por la avenida – *César Rengifo*
39 Los caminos borrados – *Earle Herrera*
40 Transformaciones – *Rodolfo Privitera*
41 Ejercicios para el olvido – *Enrique Mujica*
42 El dado virgen – *Raúl Henao*
43 Bitácora del alcatraz – *Freddy Hernández*
44 Pasturas – *Gelindo Casasola*
45 Textos para antes de ser narrados – *Alejandro Salas*
46 Mundo alterno – *Gabriel Armand*
47 Metales – *Emilio Briceño Ramos*
48 Sol quinto – *Miguel Szinetar*
49 Distancias de la huella – *Manuel Hernández*
50 Los hermanos – *Edilio Peña*
51 Alfabeto para analfabetos – *Isaac Chocrón*
52 Vida con mamá – *Elisa Lerner*
53 La última actuación de Sarah Bernhardt *Néstor Caballero*
54 El sueño de las tortugas – *Pedro Riera*
55 Babel 73 – *Jean Zumé*
56 Fuego de tierra – *María Luisa Lázzaro*
57 El poeta invisible – *Julio Miranda*
58 Libro de mal humor – *Roberto Hernández Montoya*
59 Alguna luz - Alguna ausencia – *Santos López*
60 Confidencias del cartabón – *Iliana Gómez Berbesí*
61 El monigote y otros relatos – *Juan Antonio Vasco*
62 Antología de la casa sola – *Luis Alberto Angulo*
63 El festín de los muertos – *Víctor Guédez García*
64 Si muero en la carretera no me pongan flores *César Chirinos*
65 La otra distancia – *Margaret Pigaro*
66 El viejo grupo – *Román Chalbaud*
67 Nueva crítica de teatro venezolano – *Isaac Chocrón*
68 Los 1001 cuentos de una línea – *Gabriel Jiménez Emán*
69 Difuntos del espejo – *Chevige Guayke*
70 La sombra de otros sueños – *Gustavo Guerrero*

71 Los andantes – *José Quintero Weir*
72 Cartas de relación – *Antonio López Ortega*
73 Principio continuo – *Alfredo Chacón*
74 Muerte en el paraíso – *Luis Britto García*
75 25 poemas – *Reynaldo Pérez Só.*
76 El habitante final – *Adelis Marquina*
77 Poemas – *Francisco Madariaga*
78 A la orilla de los días – *Eleazar León*
79 Reverón – *Levy Rossell*
80 Hasta que llegue el día y huyan las sombras *Hanni Ossott*
81 El otro salchicha – *Armando José Sequera*
82 La historia que no nos contaron – *Carlos Pérez Ariza*
83 El rumor de los espejos – *David Alizo*
84 Del antiguo labrador – *Elizabeth Schön*
85 Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir *Laura Antillano*
86 Antología – *José Barroeta*
87 Habitación de olvido – *Ramón Querales*
88 Cuerpo – *María Auxiliadora Alvarez*
89 Las bisagras o Macedonio perdido entre los ángeles – *Néstor Caballero*
90 El vendedor – *Mariela Romero*
91 Oculta memoria del ángel – *Orlando Chirinos*
92 La andariega – *Alicia Alamo Bartolomé*
93 El último regalo – *Edilio Peña*
94 Vida en común – *Manuel Cabesa*
95 Una cáscara de cierto espesor – *Juan Calzadilla*
96 Correo del corazón – *Yolanda Pantin*
97 Teatro – *Ugo Ulive*
98 Viola D'amore – *Márgara Russotto*
99 El bosque de los elegidos – *José Napoleón Oropeza*
100 Mezclaje – *César Chirinos*
101 Amigos para siempre – *Carlos Moros*
102 Antología poética – *Víctor Valera Mora*
103 Soneto al aire libre – *Miguel Márquez*
104 Visión memorable – *Miguel Gomes*
105 Cerrícolas – *Angel Gustavo Infante*
106 Contracuerpo – *Wilfredo Machado*
107 Parálisis andante – *Juan Antonio Calzadilla*
108 Soy el animal que creo – *Santos López*
109 Origami – *Octavio Armand*
110 Guerrero llevado adentro – *Mharía Vázquez*
111 Más cercano al día – *José Antonio Yepes Azpárren*

112 Mi novia Itala come flores – *Miguel James*
113 Soy el muchacho más hermoso de esta ciudad
Igor Barreto
114 Cementerio privado – *Earle Herrera*
115 La línea de la vida – *Ednodio Quintero*
116 Procesos estacionarios – *José Luis Palacios*
117 Rodríguez – *Gregorio Bonmatí*
118 De marcianos, patriotas y liberadas – *Néstor Caballero*
119 La audiencia del obispo – *Carlos Pérez Ariza*
120 Almacén – *Rafael Arráiz Lucca*
121 La casa en llamas – *Milagros Mata Gil*
122 Fatal – *Alicia Torres*
123 Linos – *María Clara Salas*
124 Recurso del huésped – *Enrique Hernández D'Jesús*
125 El matrimonio de Amelia Luján – *Rafael Di Prisco*
126 El pozo de las palabras – *Miguel Gomes*
127 Los Desterrados – *Leoner Ramos*
128 Dragi-Sol – *Slavko Zupcic*
129 Cantigas – *Harry Almela*
130 El dorado vino de tu piel – *Lidia Rebrij*
131 Antihéroes – *Albrobar*
132 Poemas del escritor – *Yolanda Pantin*
133 Industria textil – *Alberto Guaura*
134 Seres cotidianos – *Stefania Mosca*
135 Edición de lujo – *Alberto Barrera*
136 Rómulo Gallegos: escrituras y destierros
Mario Milanca
137 Extraños viandantes – *Iliana Gómez*
138 Juan de la noche – *Alicia Alamo Bartolomé*
139 Placebo – *Oscar Rodríguez Ortiz*
140 Antología de la mala calle – *William Osuna*
141 Para escribir desde Alicia – *Luis Barrera Linares*
142 Ca(z)a – *María Auxiliadora Alvarez*
143 Albanela, Tuttifrutti, Blanca y las otras – *Miguel James*
144 Respiradero – *Sixto Sánchez*
145 Aquí también hay dioses – *Luis Miguel Isava*
146 Aposento del amanecer – *Eunice Escalona*
147 Tuna de mar – *Laura Antillano*
148 Los puentes rotos. Más allá de la vida
Johnny Gavlovski
149 Vals lento. Amado enemigo. ¡Sálvese quien pueda!
Oscar Garaycochea
150 Humboldt & Bonpland, taxidermistas. L.S.D.
Ibsen Martínez

151 Novela nostra – *Antonieta Madrid*
152 Isaac Chocrón y Elisa Lerner. Los transgresores de la literatura venezolana – *Susana Rotker*
153 Sesión continua – *Silda Cordoliani*
154 Movimiento perpetuo – *Andreína Womutt*
155 Con los besos de su boca – *Lidia Rebrij*
156 Una hiedra negra para Sashne – *José Jesús Villa Pelayo*
157 Noches de satén rígido (y otras piezas)
José Gabriel Núñez
158 A 2.50 la Cuba Libre. La última noche de Fedora
Ibrahím Guerra